

GÉNERO E INTERCULTURALIDAD

Nicolás Camilo Zorro López

EJE 1

Conceptualicemos



Introducción	3
El otro y el problema de la alteridad	4
Identidad y diferencia	9
Alteridad y poder	12
Multiculturalismo, solución liberal	16
Interculturalidad, autonomía y relación.	18
Bibliografía	21

El otro y el problema de la alteridad





Figura 1. Soledad
Fuente:Shutterstock/394242793

¿Alguna vez han imaginado cómo sería vivir solos en el mundo? Si un día despiertan y en el planeta no queda nadie más, ¿qué harían?, ¿creen que podrían sobrevivir? Las respuestas son múltiples, pero una cosa es segura: pensar en la posibilidad de una vida totalmente solitaria es un extremo casi inconcebible.

La historia de la humanidad, a su vez, ha sido la historia de la sociedad. Desde los primeros momentos en que comenzamos a evolucionar como seres humanos vimos la necesidad de agruparnos, por seguridad, contra peligros. Además, esto facilita el acceso a los recursos y acelera procesos que de manera individual no podrían ser realizados. Esto se da incluso como un impulso natural, dado que la supervivencia de la especie depende de nuestra capacidad de reproducción.

Así, vemos cómo la manera en que hemos progresado como especie va de la mano con los avances que hemos logrado

como grupo; sin embargo, esta condición no es totalmente beneficiosa. Ser parte de un grupo implica una tensión constante con las personas con las que se convive, dado que ya no se debe lidiar solo con las necesidades propias, sino que estas se deben confrontar con las de los demás. A lo anterior se suma que a medida que se fue expandiendo la humanidad surgieron grupos sociales con costumbres e ideologías diferentes, lo cual dio paso a conflictos por el control territorial y por la dominación y la acumulación de recursos.

Podríamos decir que empezaron a surgir diferentes niveles de alteridad. Por una

parte, podemos asumir la existencia de un grupo de personas que comparten características que pueden no llegar a ser totalmente iguales, pero que les permiten reconocerse como cercanos. Pensemos, por ejemplo, en la ciudad donde vivimos: en ella habita un gran número de personas con diferencias de tipo racial, cultural, religioso, sexual, etc. A pesar de esto, compartir un territorio y unas costumbres nos permite identificarnos como habitantes de esa ciudad (bogotanos, caleños, pereiranos, vallenatos, etc.). Si acercamos un poco más la lupa, podremos ver grupos mucho más cercanos —por ejemplo, nuestra familia—, con los que tenemos una similitud mayor. Si alejamos el enfoque, también veremos que las diferencias se vuelven más evidentes al observar a personas de otras regiones del país, otras naciones u otros continentes.

Partiendo de este ejemplo, asumimos que un componente elemental de la sociedad y, por extensión, de la humanidad es la diferencia, dado que por más cerca que se encuentre una persona de mí, hay un elemento que me separa de ella, ya sea un rasgo, una costumbre o un gusto, siempre existirá un elemento que nos identifica como seres únicos y singulares. Con el progreso de la humanidad, las formas que han asumido esas diferencias se han ido expandiendo. Antes nos asumíamos como una especie mucho más homogénea, lo cual no quiere decir que lo fuéramos, sino que, por una parte, había un contacto mucho más limitado con otros grupos y, por otra, había elementos que no se consideraban diferenciadores.

Ahora bien, con el avance de las sociedades esta situación ha cambiado.



Ejemplo

Un ejemplo de lo expuesto es el periodo que va desde el descubrimiento de América, cuando los europeos se encontraron con comunidades con formas de vida totalmente diferentes a las que ellos tenían, hasta el momento actual en que vivimos, donde tenemos contacto constante con personas de todo el mundo y observamos un gran abanico de culturas. Además, muchas otras culturas nacen constantemente gracias al contacto y la interrelación entre los grupos humanos. En este punto, debemos recordar que la relación entre las culturas no siempre tiene el mismo carácter, en algunos casos, puede tener una condición violenta que busca el exterminio de lo diferente. También suceden procesos de asimilación o intercambio, como se propone desde la perspectiva intercultural.

Todorov (1987), quien analizó nuestra relación con la diferencia, plantea las implicaciones que tiene acercarnos a esta temática:



Uno puede descubrir a los otros en uno mismo, darse cuenta de que no somos una sustancia homogénea, y radicalmente extraña a todo lo que es uno mismo: yo es otro. Pero los otros también son yos: sujetos como yo, que sólo mi punto de vista, para el cual todos están allí y sólo yo estoy aquí, separa y distingue verdaderamente de mí (p.13).

A pesar de este panorama cambiante, hay una constante en todos los casos, la cual permite ubicarse en este contexto: la noción de quién soy. Desde esta posición, se puede comenzar a leer el mundo, a los otros sujetos y la manera en que puedo relacionarme.

Este puede ser nuestro punto de partida para pensar quién es el otro, tomando en cuenta que es todo aquel que no soy yo. Esto parece obvio, pero tiene implicaciones bastante complejas, ya que lo que considero como mi identidad, es decir, las características que me permiten reconocermelo como un sujeto de manera individual y que me separan del resto, no está predeterminado de manera natural, sino que está condicionado por el momento histórico en el que vivo, al igual que el espacio y la cultura en que me desarrollo.

Con esto no queremos decir que la singularidad no existe, sino que debemos tener conciencia de que estas diferencias hacen parte de un proceso. Esto se debe tener cuenta, ya que la manera en que lo asumimos construye la relación que establecemos con el otro, la cual puede ser amistosa y colaborativa o violenta y discriminatoria.

Aquí comenzamos a adentrarnos en el ámbito complejo de esta condición social, dado que la alteridad y nuestra relación con ella implican tomar una decisión, un dilema que debe ser resuelto y esto, finalmente, es problemático. Como mencionamos, el mecanismo común a través del cual percibimos la diferencia es el reconocimiento de la identidad, de quién soy.

Así, el fundamento de la identidad es dotarnos de una ubicación y un sentido dentro del mundo; sin embargo, esto casi siempre va acompañado de una suposición de que la visión particular es un centro, lo cual hace pensar que lo demás y los demás giran a mi alrededor y que la forma en que yo habito la realidad es más válida que otras. De esta noción surgen conceptos como el antropocentrismo y el etnocentrismo, los cuales plantean que el ser humano es el centro del mundo y que una cultura en particular es más válida que las demás, respectivamente.



Antropocentrismo

Corriente ideológica que surge durante el periodo de la Ilustración. A partir de esta idea, se considera que el ser humano es el centro del mundo y todos los fenómenos naturales pueden ser medidos y conocidos desde la percepción de los hombres.

Retomando la escala de diferencias que habíamos mencionado, podemos ver que existen algunas que no implican una problemática grande ya que, finalmente, la diferencia no nos separa tanto. Sin embargo, existen algunas que sí involucran un límite —aunque este sea construido— que nos separa del otro. Este se encuentra en los límites de nuestra subjetividad y esto permite demarcar una diferencia en nuestro planteamiento inicial; posiblemente no de partir de mí para pensar al otro, sino, ya que la alteridad me permite visualizar las fronteras de la experiencia, decir que: “Yo soy todo lo que el otro no es”.



Figura 2. Identidad
Fuente: Shutterstock/346293803



Ejemplo

Volviendo al tema de la ciudad, si no existiera esa forma de división territorial y todos viviéramos en un mismo espacio o no existiera contacto con otras ciudades, ¿de qué manera podríamos saber que somos ciudadanos de ese territorio particular? Sería imposible, ya que no seríamos conscientes de que existe un límite. Todo lo que se conoce es eso, así que decir que soy bogotano no tendría importancia porque al final, desde mi perspectiva, todos somos iguales. Aquí encontramos una de las funciones que tiene la diferencia, la cual es que, a partir de mi relación con ella, me pueda pensar como un sujeto y construir una identidad.

De esta manera, se crea una relación ambivalente frente a las personas que son diferentes, ya que el individuo las necesita para establecer los elementos que le permitan reconocerse, pero, a su vez, son estas diferencias las que ponen en riesgo y cuestionan la centralidad de la identidad. Lo paradójico de la condición humana se encuentra en esta situación, dado que nos hemos constituido alrededor de las relaciones sociales, a pesar de los riesgos que implica la convivencia con los demás. Por esta razón, encontramos en la historia de la humanidad constantes tensiones y conflictos. A partir de la defensa de nuestra identidad, hemos optado, en muchos casos, por la eliminación o el sometimiento de los otros.

Así, se han producido diversos episodios donde la cultura, como mecanismo que le da sentido a la existencia, su lengua, como modo de relacionarse con el mundo, y sus formas de socialización han sido arrasadas, subyugadas o condicionadas. Para lograr comprender por qué suceden este tipo de acontecimientos tenemos que agregar a nuestra caracterización de la diferencia el concepto de **poder**, ya que nos permite reconocer que las relaciones que establecemos con los otros no son igualitarias, sino que, generalmente, se encuentran enmarcadas en formas de jerarquización determinadas por los modos en que desde ciertas identidades se definen los valores, las costumbres y los símbolos que son más válidos que otros.



Poder

Relación entre sujetos en la cual se ejerce dominación o sumisión frente al otro. El poder es el mecanismo a través del cual se construye la organización social y determina nuestra posición dentro de esta estructura.



Vale aclarar que estas jerarquizaciones se encuentran atadas a las percepciones que se tienen sobre las diferencias, por lo que son producciones situadas en contextos particulares. No son elementos naturales, sino que han ido cambiando con el tiempo.

Con esta introducción, podemos comenzar a ahondar en algunos conceptos para clarificar cómo se dan estos procesos de construcción de la diferencia y de qué manera se generan prácticas y, dentro del marco institucional, políticas que nos permitan relacionarnos y tramitar nuestra convivencia.

Identidad y diferencia

Desde algunas corrientes filosóficas modernas se ha planteado una crítica a la visión de que los sujetos somos seres autónomos y tenemos una centralidad. Dentro de la realidad social, el desarrollo de la crítica cultural nos ha permitido darnos cuenta de que nuestra perspectiva no es necesariamente la más relevante y que como sujetos nos encontramos condicionados por cuestiones sociales y culturales, con lo cual se reduce nuestro rango de poder. Además de estos elementos, se ha comenzado a desmentir la noción de que somos sujetos totalmente estables y unitarios. Por mucho tiempo, el concepto de identidad nos dio una cierta estabilidad, un lugar al cual aferrarnos cuando nos sentimos perdidos; sin embargo, nos hemos dado

cuenta de que este es igualmente inestable y cambiante. Esto no quiere decir que debemos abandonar la identidad como concepto para comprendernos, sino que debemos repensar nuestra relación con ella y la manera en que afecta nuestra visión de los otros.

Esto puede sonar extraño, pero podremos comprenderlo si observamos nuestras acciones y nuestra cotidianidad. ¿Alguna vez se han puesto a ver fotos viejas de ustedes o de su familia? Generalmente, esto genera un momento de vergüenza e incomodidad porque nos enfrentamos a que éramos muy diferentes a como somos ahora. En esas fotos apreciamos lo diferentes que nos veíamos, la manera en que

nos peinábamos y vestíamos, los sitios que frecuentábamos; pero, si miramos un poco más a fondo, nos daremos cuenta de que la manera en que pensábamos y actuábamos también era diferente. En algunos casos, los cambios han sido mínimos, pero en muchos otros han sido radicales, ¿esto quiere decir que esos que éramos antes no éramos nosotros o que dejamos de ser

nosotros? La respuesta es que somos esos que fuimos antes, que somos ahora y que seremos en el futuro, porque la identidad no es un elemento sólido que permanece inmóvil con el paso del tiempo, sino que va mutando a partir de las circunstancias de nuestra vida, los contextos que nos rodean y las decisiones que tomamos.



Ejemplo



Figura 3. Frontera entre México y Estados Unidos (Tijuana-San Diego)
Fuente: por Sgt. 1st Class Gordon Hyde, vía Wikimedia Commons

Lo que se ve en la figura es la frontera entre México y Estados Unidos en las ciudades de Tijuana y San Diego, respectivamente. Según cifras oficiales, diariamente la cruzan 25.000 personas por razones de turismo, trabajo, educación, entre otras. Esta cercanía ha hecho que muchas costumbres se hayan comenzado a mezclar, al igual que ha hecho que muchos mexicanos migren definitivamente a Estados Unidos.

¿Podríamos decir que estas personas han perdido su identidad? Posiblemente, la respuesta sería que no; por el contrario, esta se ha fortalecido a partir del cambio y se ha transformado en algo nuevo. En este contexto, ha surgido una forma identitaria conocida como “la cultura chicana”, la cual toma los elementos de la tradición mexicana y les da una nueva lectura a partir de la vivencia como ciudadano estadounidense.

Hall, pionero de los estudios culturales, explica esta situación proponiendo comprender la identificación no como algo natural, sino como un elemento que se construye de manera discursiva, es decir, que se construye de modo simbólico, no natural:

”

En contraste con el «naturalismo» de esta definición, el enfoque discursivo ve la identificación como una construcción, un proceso nunca terminado: siempre «en proceso». No está determinado, en el sentido de que siempre es posible «ganarlo» o «perderlo», sostenerlo o abandonarlo. (Hall y Du Gay, 2003, p. 15)

Con esta afirmación, podemos comprender que la relación que tenemos con la otredad no se da través de elementos unitarios y sólidos, sino de una manera más líquida, es decir, más fluida. En este sentido, estamos hechos de fragmentos de los cuales nos apropiamos en nuestra familia, nuestra escuela, los medios de comunicación, las redes sociales y muchos otros puntos a los cuales tenemos acceso. Con lo otro, las fronteras siguen existiendo, pero son más difusas y están en constante proceso de transformación.

Por esta razón, si queremos reflexionar acerca de la identidad, debemos hacerlo dentro de los ámbitos históricos y sociales en los cuales esta se desarrolla, ya que solo podemos hacerla evidente a partir de las prácticas y los símbolos que se manifiestan, es decir, son aquellas características que son visibles para nosotros y nos permiten diferenciarnos de los demás. Como ya habíamos dicho, esto implica una posición particular dentro de la jerarquía social, la cual da una posición particular que determina mi relación con los demás: dominación o sumisión, amistad o de enemistad, etc.

Esta reflexión nos permite reforzar el argumento de que nuestras identidades se construyen a través de nuestro contacto con el otro. Esto volviendo a nuestro caso hipotético inicial nos diría que es imposible ser sin los demás. A partir de nuestra relación con otros seres humanos logramos constituirnos.

Para finalizar este apartado, podemos recuperar otras palabras de Hall, las cuales hacen énfasis en el ámbito conflictivo de esta relación que tenemos con la diferencia: “A lo largo de sus trayectorias, las identidades pueden funcionar como puntos de identificación y adhesión sólo debido a su capacidad de excluir, de omitir, de dejar «afuera», abyecto. Toda identidad tiene como «margen» un exceso, algo más” (Hall y Du Gay, 2003, p. 19).

En los últimos años, muchas personas se han dedicado a pensar y luchar para que esta situación comience a cambiar y podamos construir identidades sin que eso implique una relación agresiva con los demás. Para llegar a este tipo de efecto, es necesario comprender cómo funciona el proceso de producción identitaria y de alteridad.

Alteridad y poder

¿Cómo funciona esta relación de exclusión con el otro?, ¿cómo se genera? Múltiples han sido las propuestas para responder estas preguntas, pero comparten la concepción de que las diferencias hacen parte de los marcos sociales y culturales de los grupos humanos. Con esta perspectiva, desde mediados del siglo XX se han desarrollado teorías que ven estos elementos como pertenecientes a una realidad simbólica separada, pero interrelacionada con la realidad material. Estos enfoques asumen que nuestras prácticas cotidianas, las herramientas con las que contamos y las formas de organización social tienen un elemento abstracto que les da sentido y las dirige.



Ejemplo

Pensemos en la alimentación: si este acto solo tuviera un sentido natural —saciar nuestra necesidad energética—, cualquier alimento sería suficiente, siempre y cuando cumpliera con nuestra demanda proteínica y calórica. Sin embargo, existen miles de alimentos, además de millones de formas de prepararlos y consumirlos.

En Colombia, tenemos costumbres alimenticias que pueden ser identificadas por los productos que comemos, como la papa, el plátano, el arroz, etc. La razón por la que comemos estas preparaciones tiene una justificación simbólica, la cual podría ser nacional, dado que estos alimentos hacen parte de nuestras tradiciones como colombianos. Podríamos decir que preparar y comer una arepa no solamente nos llena biológicamente, sino también culturalmente.



Figura 4. Elaboración de arepas
Fuente: Shutterstock/306019118

De este modo, podemos asumir que la cultura envuelve con una capa simbólica nuestra realidad y esto nos permite darles sentido a los elementos que nos rodean e interactuar con ellos. Nuestras nociones sobre la diferencia son algunos de los elementos que conforman este ámbito.

Una de las maneras en que se manifiesta la cultura la constituyen las representaciones, siendo estas formas de abstracción que ayudan a construir imágenes sobre elementos de la realidad a partir de las características que percibimos.



Ejemplo

Para tener una idea más clara, veamos un ejemplo a partir de la manera en que nos acercamos a la espacialidad y al territorio. ¿Qué es lo que ven en la siguiente imagen?



Figura 5. Mapa de la República de Colombia
Fuente: por Shadowxfox [CC BY-SA 3.0 (<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/>)], vía Wikimedia Commons

Seguramente, la mayoría respondió: “¡Colombia!”; sin embargo, hay varios detalles que debemos tener en cuenta. Primero, el tipo de imagen que estamos observando; de manera más específica, lo que vemos es un mapa del territorio colombiano, con lo cual nos encontramos frente a un primer nivel de la representación, ya que podemos asumir que, en realidad, el mapa no es el territorio colombiano, sino una imagen que representa el lugar que ocupa Colombia dentro del globo terráqueo. Además de eso, podemos asumir un segundo nivel en el cual, si eliminamos la cultura en la cual está inscrita nuestra comprensión del territorio dividido por países, podríamos decir que esto es solamente una imagen de un espacio geográfico, dado que las fronteras que delimitan Colombia frente a sus vecinos son líneas imaginarias que han sido construidas históricamente y no tienen una existencia natural. En conclusión, esta imagen es una representación de una realidad material (geografía) y de una realidad simbólica (Estado nacional).

Estas representaciones no se dan de manera espontánea ni aleatoria, son producidas desde lo que llamamos cultura. Esta es un sistema que organiza los significados que median nuestras acciones como seres humanos, es decir, le da sentido al mundo y lo hace comprensible. Este sistema es generado y legitimado de manera colectiva y puede ser contextualizado espacial y temporalmente; así, los valores culturales varían según el territorio y la época en que se desarrollan.

De esta concepción surgen tres características fundamentales de la cultura: es aprendida, compartida y estandarizada (Langdon y Wiik, 2010). En este sentido, no nacemos con este conjunto de representaciones, sino que lo vamos adquiriendo en nuestro crecimiento por nuestra interacción con diferentes personas e instituciones. Esto, además, da pie para apuntar que el proceso no es individual, sino que depende de nuestra pertenencia a un grupo, lo cual hace que las diferencias se encuentren atadas a lo que como grupo aceptamos o no como representaciones válidas.

Al analizar la manera en que surgían las representaciones y se ponían en acción dentro de la realidad, algunos teóricos comenzaron a darse cuenta de que estos procesos no se producían de una manera mecánica, es decir, no avanzaban por un proceso predeterminado que los iba impulsando, sino que, en algunos momentos de la historia, ciertas representaciones se volvían dominantes y comenzaban a determinar la manera en que los sujetos percibían su entorno y se relacionaban con él, mostrando así que había un componente que creaba una jerarquía dentro de las culturas, la cual estaba determinada por acciones de coerción y dominación. Particularmente dentro de estos planteamientos, el trabajo realizado por Foucault (1990) es relevante.

Para este teórico, nuestra realidad estaba atravesada por nuestro uso del lenguaje, es decir, por las palabras podíamos interactuar con el mundo, pensar sobre él y actuar sobre él. Foucault se dedicó a estudiar cuál era el papel que jugaba este elemento en la configuración de diferentes ámbitos de nuestra vida social y cuál era el poder que tenían las representaciones en ese proceso. En su libro *Historia de la locura en la época clásica* se acercó a las formas en que nosotros asumíamos ciertas otredades, como, por ejemplo, los “locos”. Descubrió que la manera de concebir a estos sujetos ha cambiado a lo largo de la historia, pero que, a pesar de que se considera que se ha avanzado hacia un trato más humano con ellos, en algunos casos esto no es verdad. Para el autor, el problema central es que en las sociedades modernas las personas que por comportamientos particulares son diagnosticadas como “locas” son encerradas o aisladas para ser tratadas médicamente. En otras épocas, no eran consideradas enfermas, sino diferentes, por lo cual se les permitía convivir y ser parte de la sociedad.

De esta manera, el autor pudo contribuir a la reflexión acerca de cómo determinados conjuntos de representaciones imponen modos de ser y pensar en un contexto particular y descalifican otras posibilidades. Esto es relevante para nuestra forma de observar la alteridad porque, por una parte, nos permite reconocer que los componentes que configuran nuestra visión del otro están atravesados por modos de poder que hacen jerarquizar las diferencias a partir de criterios que provienen de un marco particular y, por otra, nos permite vislumbrar que las diferencias culturales o identitarias se articulan con formas de desigualdad social, ya que condicionan las posibilidades que tienen ciertos sujetos o grupos de participar dentro de la sociedad.

Así como Foucault analizó el caso de los “locos”, nosotros también podemos observar en otros casos cómo podrían ser las diferencias, raciales y étnicas, y el efecto que han tenido las representaciones sobre las comunidades afrodescendientes o indígenas en la manera en que la sociedad se ha relacionado con estas personas, así como los acontecimientos que se han desatado por dicha situación.



Lectura recomendada

En el artículo podemos ver algunos elementos que complementan la noción de la diferencia y su relación con procesos de exclusión. También se expone de qué manera se evidencian las relaciones de poder.

La construcción social de la diferencia

Francisco Javier Rubio Arribas y
Ramón Soria Breña

En la actualidad, nos encontramos en un contexto social y político complejo. El auge del capitalismo ha ejercido presión para que casi todos los ámbitos de nuestra vida sean gestionados por la economía, así nuestra cotidianidad se encuentra atravesada por la producción de bienes y su consumo, y nuestras relaciones con el mundo y con las demás personas se encuentran mediadas por este ámbito. A esto se le suma que en los últimos 30 años estas dinámicas se han expandido mundialmente en el proceso conocido como globalización, con lo cual, por una parte, hemos adquirido una nueva experiencia como sociedad, ya que tenemos contacto con cada rincón del planeta, y por otra, se han generado formas de organizar el mundo a partir de estas dinámicas; así las diferencias y nuestro modo de percibir las se han visto afectados.

Un ejemplo de esto lo encontramos en la noción de países del “tercer mundo”, la cual surge a mediados de los años sesenta como un intento de algunas naciones y estamentos internacionales por impulsar una idea de sociedad particular, lo que veíamos anteriormente como etnocentrismo. Así, el avance de las diferentes naciones fue medido a partir de los criterios de solo algunos cuantos; aquellos que no se acomodaron fueron marginados. Esta noción ha avanzado por la historia hasta nuestros días como parte de nuestra comprensión del mundo y ha recalado formas de diferencia que se encuentran enmarcadas dentro de ese entendimiento. Empezamos a pensar que nuestras costumbres son de “tercer mundo” y, además, a concebir que esto era algo malo.

Nuestra situación actual es heredera de los acontecimientos sucedidos durante el siglo XX, el cual fue testigo de las consecuencias que podría traer una concepción cerrada de la diferencia, a partir de una imposibilidad de poner en diálogo nuestras representaciones. En diferentes partes del mundo se sufrieron horrores a causa de la incapacidad de encontrar puntos de unión con los otros. Se cerraron fronteras y se intentó acabar con aquellos que en apariencia estaban poniendo en peligro la identidad. Ejemplos: la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Civil Española, la Guerra Fría, el *apartheid* y las dictaduras del cono sur latinoamericano.

Aunque siguen existiendo formas de dominación y discriminación, no se puede negar que se han hecho esfuerzos por empezar a mitigar estos efectos y buscar nuevas estrategias que nos permitan reconocernos y respetarnos en nuestras diferencias. Los primeros pasos son aceptar la pluralidad de culturas, grupos y sujetos y establecer un marco de entendimiento para reconocer

los derechos mínimos que tenemos como seres humanos. Producto de este esfuerzo, nace la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la cual sentó las bases para que en las naciones comenzarán a reali-

zarse acciones que permitieran alcanzar este objetivo. De aquí surge una propuesta política y social conocida como multiculturalismo, un movimiento contemporáneo que persigue la igualdad dentro de la diferencia.

Multiculturalismo, solución liberal



Instrucción

Antes de hablar de las perspectivas modernas sobre la diferencia, observen la infografía que resume algunos de los términos presentados. La encuentran en la página principal.

Después de la Segunda Guerra Mundial surgió una mirada diferente sobre el planeta. Comenzamos a darnos cuenta de la gran diversidad que existe y reconocimos la necesidad de protegerla para no caer en los errores del pasado. La noción de que los países y sus habitantes constituían unidades cerradas en las cuales hay una homogeneidad cultural quedó rebatida, dado que se hicieron visibles las diferencias internas de cada nación a partir de las lenguas, religiones y culturas. Nos dimos cuenta de que son pocos los países en los que sus ciudadanos tienen una misma unidad cultural.



Casa de estudio

Colombia es un Estado que nació de la colonia, lo que implica que nuestras raíces están mezcladas a partir del encuentro de diferentes culturas, inicialmente indígenas, negras y españolas, lo cual permitió la diversificación de costumbres y prácticas. Esto lo podemos evidenciar de manera clara en el ámbito lingüístico. Landaburu (2000), a partir de su investigación de las lenguas habladas en Colombia, plantea que, además del castellano (idioma oficial), hay 65 lenguas indígenas que son habladas por cerca de 400.000 personas. Se agregan dos lenguas criollas creadas por las poblaciones afrodescendientes, las cuales se hablan en el palenque de San Basilio y en las islas de San Andrés y Providencia. También se cuentan las lenguas habladas por comunidades internacionales, como la población árabe en la zona del Caribe

del país y los grupos gitanos que se encuentran en diferentes zonas. Esto nos demuestra que, más que una unidad, el país es una mezcla de fragmentos, los cuales dan una riqueza enorme, pero, a su vez, detonan muchos conflictos.

Tinigua Macuna
Yagua Palanquera Wiwa
Achagua Yanacona
Inga Bará Piaroa Tikuna
Carijona Uitoto Tatuyo
Yurutí Zenú Tuyuka Tukano
Yucuna Embera

Figura 6. Algunas lenguas nativas de Colombia
Fuente: propia

Ante este panorama, las naciones decidieron unirse para construir los marcos que permitieran comenzar a tomar acciones por la defensa de la diferencia. Así, en 1945 surge la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la institución internacional que reúne gran parte de los países del mundo, con el fin de discutir y crear las normativas para dirigirnos hacia una sociedad plural.

Ejemplo

Si revisamos los derechos humanos de primera generación, los cuales son los derechos civiles y políticos encontramos:

- Toda persona tiene los derechos y libertades fundamentales sin distinción de raza, sexo, color, idioma, posición social o económica.
- Todo individuo tiene derecho a la libertad de pensamiento y de religión.
- Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y expresión de ideas.

Estos principios son los fundamentos del pluralismo cultural, que es la base de las acciones tanto políticas como sociales sobre las que se rigen nuestros comportamientos y percepciones sobre la diferencia. Según Giménez Romero (2003), este se basa en dos principios que se evidencian en los derechos citados: el principio de igualdad o de no discriminación en función de la raza, la cultura, la etnia, la religión, la lengua, la nacionalidad, el origen regional, etc.; y el principio de diferencia o respeto y aceptación del otro.

Esto implica la búsqueda de una sociedad en la que todas las personas tengamos igualdad en las oportunidades y liber-

tades. A su vez, implica que haya respeto por nuestros rasgos diversos. Esto es un reto, dado que las diferencias involucran relaciones de poder y para garantizar que estos principios se cumplan no basta con extender una misma legislación para todas las personas, sino que es necesario atender particularidades y defender a grupos y sujetos con prioridad, ya que en algunos contextos pueden verse en posición de exclusión y de marginación, aspectos que se deben superar para alcanzar el estado de igualdad.

Sin embargo, en los primeros planteamientos políticos que abogaban por este pluralismo no se tuvo en cuenta esta situación. Se consideraba que el respeto de los derechos individuales debía garantizar el bienestar de todos los seres humanos y que no había necesidad de generar un tratamiento especial para ciertos grupos étnicos por su diferencia, sino que, a través del ejercicio de su libertad, estos podían desarrollarse. Kymlicka (1996) hace un recorrido por este proceso y encuentra precisamente una disyuntiva entre esta intención de protección y el respeto con los mecanismos planteados:

”

[...] cada vez está más claro que los derechos de las minorías no pueden subsumirse bajo la categoría de derechos humanos. Las pautas y procedimientos tradicionales vinculados a los derechos humanos son simplemente incapaces de resolver importantes y controvertidas cuestiones relativas a las minorías culturales (p. 17).

Por esta razón, se hizo necesaria la aparición de perspectivas que permitieran el reconocimiento de los derechos individuales, pero también el de los grupos culturales, siendo estos no solo reconocidos como una manifestación individual, sino como partícipes de la sociedad, a partir del peso que tienen en la configuración del tejido de las relaciones sociales y la manera en que habitamos el mundo.

El multiculturalismo, como un primer acercamiento a esta situación, busca aceptar las diferencias y darles un debido lugar social y político que permita a las personas desarrollarse, no a pesar de su condición de alteridad, sino a partir de ella.

Con este argumento, retomamos las palabras de Kymlicka, las cuales nos conectan con la segunda fase de este proceso, donde, una vez logradas estas condiciones, podemos darle mayor prioridad a esa condición fluida y cambiante de las identidades y las diferencias para encontrar las potencialidades que existen dentro del diálogo y el contacto de las culturas. Según Kymlicka (1996), “en un Estado multicultural, una teoría de la justicia omniabarcadora incluirá tanto derechos universales, asignados a los individuos independientemente de su pertenencia de grupo, como determinados derechos diferenciados de grupo, es decir, un ‘estatus especial’ para las culturas minoritarias” (p. 19).

Interculturalidad, autonomía y relación

El planteamiento de Kymlicka (1996) nos lleva a fijar la atención en cuestionamientos que han surgido en la actualidad sobre el modelo multiculturalista, dado que hay una diferencia entre el reconocimiento de que un grupo social tenga determinadas costumbres y formas de relación social a partir de significados culturales e identitarios, pero, por otra parte, se encuentran en el escenario político y jurídico valores e ideologías que establecen de qué manera se debe abordar esa diversidad desde un ideal de sociedad. Así, tenemos que diferenciar las concepciones simbólicas y teóricas acerca de la alteridad de las acciones que se dan en la realidad material.



Lectura recomendada

Para dar una primera mirada a este nuevo planteamiento intercultural, pueden revisar el siguiente texto, en el cual se presentan reflexiones sobre qué es la interculturalidad y cómo podemos pensarla.

Reflexiones acerca de la interculturalidad

Irmgard Rehaag

Giménez Romero (2003) plantea que ante los límites y errores que surgieron del multiculturalismo apareció el modelo intercultural como una alternativa en la cual los mecanismos de abordaje de la diferencia no eran definidos por un poder central, sino que eran parte del diálogo y del intercambio entre los sujetos y grupos sociales. Desde su visión, ambos modelos tienen como eje fundamental el pluralismo cultural; sin

embargo, se diferencian en cómo se conciben los modos de interacción y de agencia. En el multiculturalismo existe un respeto por la diversidad, pero este se da dentro de un marco establecido por la sociedad mayoritaria o dominante. El enfoque intercultural pretende que el contacto entre culturas genere transformaciones en las estructuras sociales haciendo partícipes a todos los sujetos en la construcción de la sociedad.



Figura 7. Esquema comparativo entre interculturalidad y multiculturalidad
Fuente: Giménez Romero (2003)

En la figura podemos ver un esquema que compara las características del modelo multicultural e intercultural. Giménez Romero (2003) lo sintetiza diciendo que la diferencia central está en que el multiculturalismo pone el acento en cada cultura, mientras el interculturalismo se preocupa por las relaciones que existen entre estas y, a partir de esto, cómo las sociedades modernas, más que ser una suma de culturas, permiten la construcción de unidad desde la multiplicidad.



Instrucción

En este punto, los invitamos a realizar el ejercicio de pareo para identificar las diferencias de las características de estos modelos.

Partiendo de estos argumentos, podemos decir que hay un alcance mayor en el planteamiento intercultural para incentivar la autonomía y el desarrollo de las identidades. Estos son algunos de los puntos en los que podemos ver cambios importantes frente a anteriores modelos:

- Transformación en la concepción de la categoría de identidad, la cual se construye, más que por sus características, por su capacidad relacional.
- En el ámbito político, va más allá del reconocimiento y la tolerancia y le apuesta al diálogo, el intercambio y el respeto entre culturas.
- Su enfoque se encuentra en combatir formas de desigualdad entre grupos culturales, permitiendo una relación más equitativa.

El interculturalismo propone acciones específicas que aprueben una transformación sustantiva en las relaciones que se establecen entre los grupos sociales y culturales, es decir, qué tipo de efectos o dinámicas pueden surgir de este contacto que permitan la construcción de un pro-

yecto colectivo en el cual salgan beneficiados todos los sujetos, independientemente de su identidad. El multiculturalismo nos planteó la necesidad de tener un marco no discriminatorio y de aceptación de la diferencia; el interculturalismo nos propone tomar acciones concretas a partir de este punto.

Ante todo, lo que se plantea desde el interculturalismo es una búsqueda de superación de la exclusión y generar mecanismos que permitan a los grupos sociales desarrollarse de manera autónoma y justa. Aunque esto parezca una obviedad, nuestro contexto actual nos muestra que es una tarea pendiente que tenemos como sociedad. En nuestro país, por ejemplo, podemos ver varios casos en donde esto es evidente, aunque desde el ámbito simbólico hayamos reconocido la importancia que tienen los grupos étnicos y raciales, en lo material no hemos logrado ofrecer condiciones económicas y sociales que permitan que estos grupos puedan ejercer su diversidad a plenitud.



Instrucción

Para finalizar, pueden revisar la nube de palabras con los conceptos trabajados y una síntesis de su significado.

A partir de esto, realicen la actividad de control de lectura para reforzar su interpretación de los contenidos de este eje.

Foucault, M. (1990). *Historia de la locura en la época clásica*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Giménez Romero, C. (2003). Pluralismo, multiculturalismo e interculturalidad. *Educación y Futuro*, 8, 11-20.

Hall, S. y Du Gay, P. (2003). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Kymlicka, W. (1996). *Ciudadanía multicultural*. Barcelona, España: Paidós.

Landaburu, J. (2000). Clasificación de las lenguas indígenas de Colombia. En M. S. González de Pérez y M. L. Rodríguez de Montes (eds.). *Lenguas indígenas de Colombia. Una visión descriptiva* (pp. 25-48). Bogotá, Colombia: Instituto Caro y Cuervo.

Langdon, E. J. y Wiik, F. B. (2010). Antropología, saúde e doença: uma introdução ao conceito de cultura aplicado às ciências da saúde. *Revista Latino-Americana de Enfermagem*, 18(3), 459-466.

Rehaag, I. (2006). Reflexiones acerca de la interculturalidad. *CPU-e, Revista de Investigación Educativa*, 2, 1-9.

Rubio Arribas, F. J. y Soria Breña, R. J. (2003). La construcción social de la diferencia. *Nómadas*, 7.

Todorov, T. (1987). *La conquista de América: el problema del otro*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.